

JOSÉ ORTEGA Y GASSET EN EL ESPÍRITU DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN. ENTRE EL OLVIDO Y EL RECUERDO

*Ramón Rivas Aguilar**

Resumen

Las concepciones humanísticas de José Ortega y Gasset, que lo llevarían a fundar, junto a Julián Marías, el Instituto de Humanidades de Madrid en 1948, tuvieron significativa repercusión en las universidades latinoamericanas. El prestigioso historiador español Américo Castro no desconocía aquella obra cuando hablaba con Mariano Picón Salas sobre la necesidad de los estudios humanísticos en la Universidad de Los Andes. Esta idea se concretó el 25 de junio de 1955 con la creación de la Escuela de Humanidades, elevada el 12 de julio de 1958 a la categoría de Facultad por el Rector Pedro Rincón Gutiérrez. El presente trabajo, concebido como expresión de gratitud, trae a la memoria aquella época y aquellos hombres y mujeres que con sus conocimientos, sabiduría y calidad humana forjaron esta Facultad.

Palabras Clave: Universidad – Historia – Catedráticos – Mérida.

* Ramón Rivas Aguilar. Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes. Especialista en Historia Económica de Venezuela. Ha publicado importantes trabajos sobre el proceso petrolero venezolano. Estudioso de la obra de José Ortega y Gasset.

El autor agradece al Profesor Marcos Ramírez, a la Profesora Rossana Hernández y al Historiador Pedro Molina por su valiosa colaboración en las correcciones y sugerencias, las cuales dieron forma y estilo a este texto.

Aceptación: Febrero 2011/ Revisión: Mayo 2011/ Finalización: Junio 2011.

Abstract

Jose Ortega y Gasset's humanistic conceptions, which would lead him to found, along with Julian Marias, the Humanities Institute in Madrid in 1948, had a significant impact in Latin American universities. The renowned Spanish historian, Américo Castro, confirmed that he did know well Ortega y Gasset's work through his discussions with Mariano Picon Salas about how much the University of Los Andes needed humanistic studies. This idea was formalized on June 25, 1955, when the School of Humanities was created, and later, on July 12, 1958, it was upgraded to the category of Faculty by the President Pedro Rincon Gutierrez. This paper, as an expression of gratitude, brings to the memory that time and those men and women who with their knowledge, wisdom and humanity raised this Faculty.

Keywords: University, History, Professors, Mérida.



El defecto más grave del hombre es la ingratitud. El ingrato olvida que la mayor parte de lo que tiene no es obra suya, sino que le vino regalado de otros, los cuales se esforzaron en crearlo u obtenerlo... olvidar el pasado, volverle la espalda, produce el efecto que hoy asistimos: la rebarbarización del hombre... Hemos heredado todos aquellos esfuerzos en forma de creencias que son el capital sobre el que vivimos... Tener conciencia de que se es heredero, es tener conciencia histórica.¹

Corría el mes de junio de 1955. Mes que anunciaba las brisas de los mares del sur y las nevadas que arropan silentes la Cordillera de los Andes. Dos potencias consolidaban sus sendos poderes en los campos de la energía nuclear y los vuelos espaciales. Los científicos intentaban develar los secretos de la materia para producir una fuente de energía con fines pacíficos, para promover el progreso de las naciones. Sin embargo, la primera explosión atómica en el desierto de Álamo, en

1944, había horrorizado a Albert Einstein, quien vio en ese fragor endemoniado, en forma de hongo, la destrucción de la vida en la Tierra. Las potencias corrían el riesgo de devastar la civilización occidental con una hecatombe nuclear. La Crisis de Octubre o Crisis de los misiles en Cuba, en el año de 1962, reveló la fragilidad de nuestra civilización.

Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial hasta el estallido de la bomba nuclear, el hombre en Occidente estuvo al borde del abismo. La ambición imperial, los odios ideológicos y los totalitarismos olvidaron los ideales del humanismo, cuyo origen se remonta al Renacimiento, la Ilustración y los enciclopedistas. El hombre perdió su horizonte vital. No tenía la menor idea de lo que significaría para los pueblos europeos los campos de concentración como consecuencia del desprecio de la dignidad humana. El hijo de Dios se convirtió en una ficha al servicio de un Estado totalitario que evocaba una esperanza milenaria. Fue la época de la insensatez, la arrogancia, la vanidad, la intolerancia y el fanatismo de unos hombres que hicieron de sus creencias verdades absolutas y convirtieron al Estado en eje de la vida individual y colectiva. El antropólogo Bronislaw Malinowski describió en 1944 la naturaleza del Estado totalitario:

*Bajo el gobierno totalitario, el Estado asume la fiscalización de todos los credos adecuados, de la ciencia, de la educación y de las decisiones de la justicia. Así, suprime la autonomía efectiva y creadora de la Iglesia, la escuela, la investigación, las organizaciones religiosas, los tribunales libres y el debate libre. Suprime la independencia de la familia, la municipalidad y la libertad de asociación. En realidad, el totalitarismo es una tentativa, no sólo de controlar, sino en gran parte de aniquilar las demás instituciones y de sustituirlas por una fiscalización dictada por el Estado*²

José Ortega y Gasset percibió con claridad la crisis histórica del proyecto de modernización, iniciado en Europa con el ocaso del Medioevo. Para este filósofo, el avance sin conciencia de la ciencia y la tecnología barbarizó al hombre, haciéndole perder la capacidad creadora para estar en sintonía con los tiempos históricos. Las universidades

acentuaron la especialización del saber y produjeron un profesional sin sensibilidad por la cultura. El ser humano dejó en manos del Estado y las masas su destino vital. Algunos pueblos europeos se estatizaron y colectivizaron. Había que salvar a esas sociedades de la barbarie, la mediocridad y la chabacanería mediante la inoculación de la cultura. Era tarea ineludible instaurar en las universidades una facultad humanística con el objetivo de formar un hombre culto y a la altura de sus circunstancias históricas, para devolverle su espíritu liberal como fundamento de la existencia humana. Así lo expresó Ortega en los años treinta del siglo pasado: ...“Desde hace dos generaciones tiende a desindividualizarse... siente una lujuriosa fruición en dejar de ser individuo y disolverse en lo colectivo”³

¿Cuál era entonces ese camino de humanización? Para Ortega consistía en educar al hombre de manera que se “sintiese único, responsable de sí mismo en el goce, como en el deber y el dolor. Creer que cada ser humano debe quedar franco para henchir su individual y transferible destino”⁴ Es decir, un hombre capaz de decidir su destino vital sin la sombra del estatismo, del colectivismo y de los totalitarismos. Dentro de esa perspectiva promovió en Madrid, junto con Julián Marías, la creación del Instituto de Humanidades, en el año de 1949, “para impulsar una nueva forma de convivencia intelectual que permitiera y fomentara la participación vivaz de muchas personas en el cultivo de las ciencias de lo humano”. La base de todo ello era la historiología,

*...disciplina que nunca ha sido acometida en serio, dando lugar a que los libros de historia, cualesquiera sean sus virtudes y méritos singulares, contengan materia tan vagarosa y sin compromiso y hablen del pasado como de algo ajeno a nosotros, siendo así que constituye nuestros propios entresijos. La historia tiene que tener razón, es razón narrativa, una narración que explica y una explicación que consiste en narrar. Es inadmisibile la conducta habitual de la historia que se fatiga en probar, a veces con una superflua ostentación de rigor, los datos que maneja, pero no prueba lo que ella dice sobre esos datos y aún rehúye plantearse las cuestiones de realidad humana que anuncian, con lo cual resulta que siendo los libros de historia los más fáciles de leer son los menos inteligibles.*⁵

La creación del Instituto de Humanidades, a mi manera de ver, tuvo una repercusión significativa en el auge de los estudios humanísticos en América Latina, por los años cuarenta del siglo XX. Una generación de españoles en el exilio, del pensamiento filosófico más granado, promovió con entusiasmo esa iniciativa humanizadora en algunas universidades de Hispanoamérica. México, Costa Rica, Argentina y Venezuela estimularon esa idea de las humanidades como un camino idóneo para generar buenos profesionales, con sensibilidad por la ciencia de lo humano. Américo Castro, prestigioso historiador español, no desconocía la creación del Instituto de Humanidades cuando sugirió al merideño Mariano Picón Salas el establecimiento de los estudios humanísticos en la Universidad de Los Andes. Sin negar los aportes de la ULA en este campo a lo largo de su historia, era necesario entonces animar la creación de una Facultad de Humanidades en nuestra Alma Mater, con el fin de estudiar la vida del hombre en sus distintos saberes. La creación de una Facultad de Humanidades en la ULA era un hecho trascendente en un momento de la historia de América Latina en la que se sentía el peso de la bota militar. Esa idea se concretó un 25 de junio del año de 1955, cuando el Consejo Académico de la Universidad creó la Escuela de Humanidades.

Posteriormente, el 11 de noviembre de 1955, el Consejo Académico de nuestra Universidad, por decreto, instaló la Escuela de Humanidades, adscrita a la Facultad de Derecho. Cuando aún persistía un régimen autoritario, la Escuela de Humanidades había echado a andar con limitaciones físicas y penurias económicas en sus primeros cinco años de vida. No obstante, la pasión y el amor por las humanidades se impusieron poco a poco. Luis Spinetti Dini, primer Director de la Escuela de Humanidades, leyó estas palabras el día de su instalación, palabras que revelaron el sentido profundo de los estudios humanísticos: “Las humanidades nos llevarán a conocer al hombre en toda su dimensión, en su dimensión espiritual, en lo que en él hay de permanente, en cuanto de él quedará cuando su cuerpo no exista ya más.”⁶ Más adelante reconoció el papel significativo que jugó Américo Castro en tan hermosa tarea histórica. Terminó su discurso con un párrafo que refleja las agudas reflexiones del maestro Ortega sobre el papel de las humanidades en el quehacer vital de las sociedades:

La Escuela de Humanidades que hoy instalamos aspira a que Mérida vuelva por su vieja y muy pura tradición espiritual a aumentar el acervo cultural de la República, formando profesionales en algunas ramas de la docencia o completando los estudios que se siguen en otras facultades. Que esta Escuela, la más pequeña entre muchas que integran las cinco universidades venezolanas, pueda algún día merecer las palabras que, referidas a la abeja, encontramos en el Eclesiástico: pequeña entre los seres alados es la abeja, pero el fruto de su labor es riquísimo.⁷

En efecto, siguiendo esta línea, el artículo 1º del decreto de creación expresa en esencia la naturaleza de la Escuela de Humanidades:

Se crea la Escuela de Humanidades, dependiente de la Facultad de Derecho de esta Universidad, la cual tendrá por objeto principal formar profesionales en las ramas de la Filosofía, la Historia, la Literatura y la Filología, a la vez que procurará integrar con un fundamento cultural amplio y racional los estudios profesionales que se siguen en las distintas Escuelas Universitarias.

El 11 de noviembre de 1955, el Rector de la Universidad de Los Andes, en acto solemne realizado en el Paraninfo, declaró instalada la Escuela de Humanidades. En este acto destacaron las palabras pronunciadas por el Rector Dr. Joaquín Mármol Luzardo, quien resaltó la importancia de los estudios humanísticos para los nuevos tiempos. Por su parte, Alfonso Méndez, columnista de *El Vigilante*, en la sección “Despertar del Tiempo”, escribió estas palabras sobre el nacimiento de la Escuela de Humanidades y su repercusión en la formación espiritual de un nuevo profesional:

La Escuela de Humanidades de Mérida es ya una tangible y hermosa realidad. La Ilustre Universidad de Los Andes es propietaria de un inexpugnable baluarte para defender el anhelado sitio de la cultura, tantas veces maltratado por el egoísmo y la visión grosera. La creación de esta Facultad no es un hecho extemporáneo sino todo lo contrario, un perfecto acertar en el preciso instante en que el hombre moderno sufre sed de espiritualidad porque se encuentra en la mitad del desierto subyugante del materialismo. El hombre mecanizado sentirá hervir el amor por sus semejantes. Serán más humanos los encargados de la

*justicia los enviados a curar enfermedades, los protectores del miserable atrapado por el frío y la desnudez. Ayudará esta facultad a extirpar del seno de la sociedad venezolana todo el bagaje inhóspito y antihumano que destruye las energías y las esperanzas de la Venezuela del mañana.*⁸

No deja de ser interesante el editorial de *El Vigilante* sobre el influjo de la Escuela de Humanidades en el destino del espíritu del hombre:

*Una nueva escuela como la de Humanidades... es como una puerta nueva que se le abre a la sabiduría y a la ciencia, como un camino real para las más limpias aspiraciones del espíritu humano.*⁹

Para el primer aniversario de la Escuela de Humanidades, fue invitado el Doctor Horacio Cárdenas Becerra, Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, quien en su discurso expresó con la claridad del filósofo los fundamentos de las tesis de José Ortega y Gasset en torno a la necesidad de formar hombres cultos y buenos profesionales a la altura de los tiempos:

*Para evitar los conocidos tumbos a que está arriesgada toda disciplina científicista, nada más saludable que una visión total de los problemas del hombre, una concepción del mundo menos rígida, más amplia y generosa que podemos adquirir mediante los estudios de las disciplinas filosóficas y las humanidades. Un humanismo modelado de acuerdo con nuestro propio ser y que a su vez, como tarea de cultura, nos vaya clarificando las ideas sobre lo que somos y podremos llegar a ser. Si estamos empeñados en la búsqueda de un nuevo humanismo, cónsono con el alma venezolana, es muy oportuna la ocasión presente en que ustedes se inician en su conquista, para el respaldo de la mutua colaboración. Que la Escuela de Humanidades de Mérida vea y sienta siempre en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central, la mano cordial tendida para el mutuo apoyo, mutua comprensión y un parejo y fecundo ideal.*¹⁰

Poco a poco maduraba la idea de la creación de una Facultad de Humanidades en una Universidad que requería consolidar los estudios humanísticos demandados por los cambios y transformaciones de

la nación. Al final de la década de los cincuenta del siglo que nos ha precedido, hirvió el espíritu libertario y el hombre de Michelena, Marcos Pérez Jiménez, hubo de emigrar a otra geografía, también cautiva de la tiranía. El deseo de vivir en libertad convirtió a la Universidad en factor fundamental para propiciar los valores democráticos y formar profesionales en sintonía con la evolución política de la sociedad venezolana. Se aceleraron los esfuerzos institucionales para echar los cimientos de la Facultad de Humanidades de la ULA. Los estudiantes de la Escuela de Humanidades jugaron un papel importante en esa dirección. Basta leer la prensa de la época en la que se revela el ímpetu de un grupo de jóvenes para conquistar tan maravillosa idea. Uno de los más ardientes defensores de la creación de la Facultad de Humanidades fue el poeta Hernando Track. El 12 de julio de 1958, durante el gobierno provisional de Wolfgang Larrazábal, se elevó a Facultad la Escuela de Humanidades, Facultad que se materializó durante la gestión del primer Rector de la democracia universitaria, en la ciudad de los viejos cafetales y camburales, Pedro Rincón Gutiérrez, el 10 de octubre de 1958. La ciudad bucólica del sol de los venados acogió con entusiasmo el nacimiento de la Facultad de Humanidades y Educación, la cual ha hecho y sigue haciendo historia, con sus aciertos contradicciones, limitaciones y paradojas como parte natural del devenir humano.

Aún me hallaba en mi niñez, pues tendría aproximadamente 10 años, cuando en Mérida se vivió la alegría del nacimiento de la Facultad de Humanidades y Educación, que ya ha transitado intelectualmente más de cinco décadas. Olfateé sus primeros pasos en la década de los sesenta de la centuria precedente, cuando tuve el privilegio de culminar mi bachillerato en el Liceo Libertador. Un liceo que nació a la sombra de la dictadura gomecista, pero logró estrechar profundos lazos intelectuales y espirituales con la Universidad de Los Andes. Al revisar la prensa regional de la época, descubro una riqueza ideológica que se ponía a prueba al debatirse en la Facultad de Humanidades y Educación. Así, descubrí al profesor Adelis León Guevara, un poeta que a cada instante añoraba la magia del llano. En esos años, el poeta sembró en el espíritu de la Cordillera de los Andes merideños el esplendor y la belleza de los llanos de la ardiente Barinas.

La prensa tanto nacional como regional y la historia oral revelaron por esos días la grandeza intelectual de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, donde se dignificó y espiritualizó un saber, proyectado más allá de la provincia de Venezuela. Dentro de ese orden, surge la obra filosófica y religiosa del profesor Miroslav Marcovich, de alcance universal: su *Heráclito*, un monumento del pensamiento, texto filosófico que recorrería las más prestigiosas universidades del mundo. No me cabe la menor duda de que Heráclito devela con su mirada tan hermosas páginas que aún persisten en el espíritu del Planeta. Asimismo, la traducción al español del *Bhagavadgita*, una de las biblias del pueblo hindú, expresa la profunda espiritualidad de este filósofo que nos trajo de la India tan hermoso texto religioso. Una obra de cuyas páginas se desprende la fragancia natural de un pueblo acariciando con delicadeza los misteriosos senderos de la montaña andina. Se delinea el cruce entre la lejana civilización asiática y los caminos de la geografía de los bellos páramos.

Otro de esos pensadores, José Manuel Briceño Guerrero, filósofo y filólogo, escudriña la complejidad del hombre latinoamericano. En sus obras filosóficas muestra el caos creativo del discurso salvaje. En su soledad radical se hizo la pregunta por el ser.

Una mirada: Miguel Marciales, sabio y erudito, proveniente de las tierras colombianas. Desde la vieja Facultad, sombreada por sus hermosos pinos y escuchando el susurro melodioso de las paraulatas, dejó en el espíritu de Occidente tal vez la más sabia edición crítica de *La Celestina*, considerada una de las más eruditas de la literatura universal. En las adustas tierras de Castilla la Vieja su autor, Fernando Rojas, ya no la ve como suya.

Por esos andares del saber llegó de la República Dominicana el político y escritor J. I. Jiménez Grullón, precursor de los estudios sobre el pensamiento económico en la Escuela de Educación de la Facultad de Humanidades, estudioso del tema universitario y de la biología, y uno de los críticos más agudos del pensamiento de Ortega y Gasset. La Facultad editó dos libros suyos sobre este filósofo y uno sobre Biología

Dialéctica que aún leo con fruición en el jardín de las palmeras, en la sabana vercosa de la Virgen de la Milagrosa.

El Doctor Guillermo Thiele, erudito y estudioso de la mitología universal, dejó correr por los pasillos de la vieja Facultad una galería de los dioses y héroes que estremecieron el alma del pueblo griego. Con su lento caminar y su mirada inquieta dibujaba las peleas titánicas de aquellos gigantes que no daban tregua a sus pasiones y al deseo ferviente por la diosa Eros. De pequeña estatura, levantaba sus ojos hacia aquellas islas que sentaron las bases de la cultura occidental.

Cómo imaginar que en la vieja Facultad se encontraba una discípula del pensador de Guadarrama, la profesora de literatura María Rosa Alonso. Qué delicia para el bachiller Adelis León Guevara escuchar a esa discípula de Ortega hablar sobre los temas literarios de la España del Siglo de Oro. Asaltan mi imaginación las lecciones del maestro José Ortega y Gasset en aquella aula de la Universidad de Madrid, y sentada en uno de sus pupitres María Rosa, intuyendo su destino vital. En su obra *Residente en Venezuela* recuerda con emoción cuando vio por primera vez la Tierra de Gracia: "Llegué en silencio, con los ojos abiertos dispuesta a trabajar, a aprender y a esperar, que es, en serio, a lo que he venido a Venezuela."¹¹. Sus páginas plasman la conciencia histórica de una nación que ha sido fiel a su tradición libertaria, civilista y democrática, y pincelan las figuras estelares del pensamiento venezolano que han recorrido misteriosamente el sendero espiritual de nuestra historia.

No dejo de recordar las palabras del profesor Francisco Gavidia sobre el papel de la profesora argentina Tula Núñez en el desarrollo de los estudios históricos en nuestra Facultad. Ella se esforzó para que se examinara el sentido de lo histórico en la vida humana; igualmente su esposo, uno de esos hombres preocupados por la necesidad de la enseñanza de las lenguas modernas en nuestra Facultad.

Un día de diciembre llegó silenciosamente a las puertas de la vieja Facultad una figura gigante de la antropología y la lingüística: Roger

Bartra. Sus libros, escritos, ensayos y conferencias se centraban en explorar en toda su complejidad al hombre salvaje en América.

Por otro lado, solían hablar profesores y bachilleres de la novelística de Alfonso Cuesta y Cuesta, profesor de nuestra Alma máter, egregio representante de la literatura ecuatoriana. Su novela *Los hijos* retrata la vida cotidiana de hombres y mujeres en el anonimato, creciendo para dignificar la existencia humana.

También se hablaba en esos días en la ciudad de Mérida de uno de los escritores latinoamericanos de mayor proyección en la vida espiritual parisiense. Un hombre a quien en sueños se le aparecieron unos seres diminutos flotando en el aire, sus célebres *cronopios*. Nos referimos a Julio Cortázar, que escribió un extraordinario relato sobre el músico norteamericano Charles Parker, cuyos ritmos y melodías cambiaron las partituras convencionales de la música occidental, personaje que realizaba con su saxofón ejecuciones audaces y atrevidas para cualquier músico convencional. Cortázar dio una conferencia en el auditorio que nos sorprendió por la minuciosa y detallada descripción que hizo de la historia del boxeo desde la antigua Grecia hasta la Sabana de los Dioses.

(Sin embargo, en las noches oscuras de la vieja Facultad, algunos profesores y bachilleres, en aras de la utopía marxista, le negaron el doctorado honoris causa al poeta argentino Jorge Luis Borges. Una mancha de aceite, como diría el novelista colombiano Piedrahita en los alrededores de la ciudad donde aún se sienten aullidos de lobos y perros).

Cuando salí de Santa Rosa de Carvajal, la Sabana de los Dioses, y remonté la cordillera del estado Mérida, cuánta fue mi sorpresa al contemplar su geografía de mestizos colores y su cielo azul intenso. En el autobús parecíamos flotar entre las nubes. Por vez primera sentí que mi fantasía parecía tocar los limbos de los cielos montañosos. ¡Qué sensación tan maravillosa! Al llegar a la Vuelta de Lola, en el año de 1968, comencé a descubrir una Mérida rural y pastoril, con casas de

inmensas tapias de origen colonial. Aún se sentían las brisas de los inmensos cañamelares y los viejos trapiches, las lluvias y la neblina que asediaban apaciblemente la vida cotidiana de la ciudad. Fue impresionante percibir el resplandor del sol de los venados remontando el lomo de las inmensas montañas. Las nevadas eran imponentes, como un cobijo níveo arrojando la cordillera merideña. Culminé el último año de bachillerato en el célebre Liceo Libertador, en el año escolar 1968-69. En ese liceo se sentía el peso ideológico del liderazgo universitario.

La izquierda marxista y la democracia cristiana fueron las corrientes políticas más influyentes de aquella generación que deseaba fervientemente abrazar el paraíso y la utopía. Conservo en mi memoria las imágenes de muchos amigos y, sobre todo, de tres maestros que compartieron amorosamente sus conocimientos con unos jóvenes impacientes por la política y esperanzados en alcanzar el edén perdido. Los profesores el *Che* Garbiso, Montes y Manuel Molina, docentes de matemáticas, física y química respectivamente, dejaron en el pizarrón huellas significativas de las figuras melodiosas de Pitágoras, de la importancia de la alquimia para alcanzar la inmortalidad y del impacto de la física teórica en la evolución de la vida electrónica de los próximos tiempos. Acude también a mi memoria un joven estudiante con gran potencial intelectual y defensor radical de la ecología, Miguel Valery, y otros tres a quienes apodaban *Forro de urna*, *Vampiro* y *Carro loco*.

Posteriormente, en el año de 1970, ingresé en la Facultad de Medicina. Las muchedumbres se impusieron y la era de la masificación comenzó. Fracasé rotundamente en esa carrera de Hipócrates, Vesalio y Paracelso. Tuve competentes profesores, como los doctores Klein, Rengel, Sosa y Manzaneda, brillantes académicos que impartían lecciones maravillosas sobre la configuración y el funcionamiento del cuerpo humano. Parecían hombres del Renacimiento cuando usaban el pizarrón para representar las imágenes más hermosas de la anatomía humana. Cuando descubrí por vez primera en el pizarrón de la cátedra de Físico-Química, que impartía el Dr. Macoly, unas complicadas ecuaciones sobre la naturaleza y complejidad de la estructura molecular

para explicar la vida, asaltaron mi mente las representaciones de los libros de Alexandr Oparin y Teilhard de Chardin. Por su parte los doctores Sosa y González en *Histología*, nos enseñaron a observar en el microscopio la simple y diminuta célula, flor de la vida.

Sólo quedaron en mi archivo bibliográfico los libros *Cazadores de Microbios* de Paul de Kruif, *Historia de la embriología y teratología* de E. Kleiss, *De Herófilo a Razetti* de Luis Rengel Sánchez y el célebre *Manual de disección y dibujo anatómico* de Rengel y Kleiss. El doctor Kleiss y el poeta Adelis León Guevara descubrieron en mi espíritu el hambre por el saber universal. Fueron directo: "bachiller, su destino está al final de la avenida Universidad." Gracias amigos. Para el poeta toda mi admiración, gratitud, respeto y veneración. Con su fina ironía era capaz de estremecer los propios cimientos de las pirámides antiguas. Su palabra fecunda y sagrada sigue golpeando las miradas convencionales de hombres y dioses entre el cielo y la tierra.

En ese trajinar merideño, inicié en el año de 1971 mis estudios en la Escuela de Historia, en un ambiente político y académico marcado por el *Mayo Francés*, la renovación universitaria y las propuestas audaces del sociólogo Darcy Riveiro para estimular nuevos enfoques metodológicos y configurar un perfil universitario a tono con ese tiempo histórico. Estábamos viviendo cambios profundos en la sociedad venezolana, que requerían la transformación de nuestras universidades para adecuarse al proceso expansivo de industrialización y urbanismo. Era el fin de la era rural, que cedía a la pujante sociedad urbana. En todo caso, recuerdo mi primer día de clase, una mañana radiante y cálida, cuando vimos llegar a nuestro primer profesor: era una mujer elegante, de bella sonrisa, cuyas enseñanzas nos develaron los más hermosos misterios del Cercano Oriente, de la grandeza del pensamiento judío y del vasto Imperio Romano y su legado jurídico y de justicia para la cultura occidental. Su semblante resplandecía, sobre todo cuando relataba con detalle las luchas titánicas de aquel hombre defensor de los esclavos en Roma: Espartaco. Aún conservo en mi memoria la novela *Espartaco* de Howard Wast. Era la profesora María Rosa Amaral de Lippolis, argentina de Buenos Aires, donde se le cantaba a la bella

e indomable Patagonia. Nos leía párrafos del poema Gigalmesh y del Viejo y Nuevo Testamento. Valoró en su justa dimensión filosófica el significado de la poesía en la reconstrucción de los fenómenos históricos de la Grecia Clásica. Los poetas helenos, con sus metáforas, salpicaban de ironía los rostros del mísero tirano. Éste temía a esos tejedores de imágenes que corroían con delicia el alma endemoniada del déspota. En esa tarea histórica los profesores Sara Olmos y Homero Calderón contribuyeron significativamente a la consolidación de los estudios del mundo antiguo, con sus clases, seminarios y las más diversas publicaciones, que denotan el arte y la belleza de unos breves libros que, con tanta riqueza espiritual, comunican sus enseñanzas.

Otro día se presentó en uno de los salones el profesor José Mendoza Angulo. De impecable vestir, nos habló sobre el objeto y método de la Economía Política y del pensamiento económico. Poseía una disposición natural para expresar con claridad y precisión los conceptos más difíciles de la ciencia económica que tenían que ver con los aspectos monetarios, cambiarios y financieros. Era puntual, exigente y riguroso en sus clases y exámenes. La Economía Política era mi pasión. De nuevo cursé esa materia en la Facultad de Derecho, impartida por él. En otra ocasión, en Las Residencias Caciques, frente a la vieja Facultad, disertó magistralmente sobre los fundamentos teóricos del V Plan de la Nación y su impacto en el nacimiento de un capitalismo de Estado, en el que el destino de Venezuela dependía y sigue dependiendo del subsuelo. No olvido la célebre conferencia sobre la crisis del sistema monetario internacional que impartió en la casa del MAS, ubicada en Belén, en el año de 1976. Una conferencia en la que se vislumbraba, en definitiva, el fin del dólar como símbolo clave de la economía mundial. Aun cuando su preferencia eran los temas laborales y le cautivaba el descubrimiento de América y los orígenes del capitalismo, tenía una predilección especial por la historia del pensamiento económico. Y, sobre todo, en aquellas noches, en su casa en la Urb. Santa María, impartió un seminario sobre el Tomo I de *El Capital*. Malín Pino, Damasio Ramírez (*Alegría*) y Ramón Rivas hojeando las páginas de ese volumen, que inquietó el espíritu conservador del mundo europeo a partir del año 1863. Se grabó en lo más hondo del alma de unos jóvenes la tesis de la

teoría sobre el valor trabajo, de la enajenación y de la cosificación de la mercancía. En fin, eran las tesis del prestigioso filósofo alemán que en esas noches se examinaron con el agudo pensamiento del viejo moro, que así lo llamaba cariñosamente su amigo del alma, Federico Engels.

Por los pasillos de la vieja Facultad, se veía caminar lento y pausado al profesor de Medieval, Santiaguito, quien en sus clases despertó el interés por aquel período histórico satanizado por el enciclopedista Voltaire. Cuando percibí el mundo medieval con sus castillos, iglesias, campanas, costumbres religiosas, tuve la impresión de haber vivido el medioevo en La Sabana de los Dioses, Santa Rosa de Carvajal. En efecto, en diciembre, Semana Santa y Día de los Muertos, en esa Sabana eran noches de ángeles y demonios. Una mañana, el profesor Santiago llegó triste y melancólico y dijo: “se está desmoronando la Edad Media. La alborotó un protestante que provocó con sus 95 enunciados la caída de la bóveda celestial. Sin embargo, el mundo moderno no se puede comprender sin destacar la importancia del Medioevo, que iluminó con su sabiduría los senderos ideológicos y filosóficos del amigo Descartes”. En esos avatares de la academia, en la vieja Facultad, de asomada se entregó al fascinante mundo del medioevo la Br. Nancy Moreno, quien no dejó de escarbar los misterios de una sociedad cuyos temores fueron asediados por las imágenes terribles del purgatorio y el infierno. Se dedicó al Italiano y se convenció de seguir estudiando el medioevo y su influjo en el Renacimiento. Persiste en su mirada la alegría, la picaresca e ironía de los poetas renacentistas y su coqueteo con la vida angelical del mundo medieval.

Por otro lado, el profesor Santos Zambrano, de la materia “Expansión Europea”, describía en sus clases la importancia de los descubrimientos geográficos de la era moderna. Según él, había una Europa que no quería estar sumergida en los sótanos del Medioevo. Las aguas se agitaron entre los siglos XV y XVIII, y allende los mares se veían unos duendecillos de otros mundos, unos filibusteros y piratas expoliando con avidez los tesoros del Nuevo Mundo. Las páginas del célebre libro del historiador Parry, *La Expansión Europea*, aún golpean silenciosamente en el hermoso jardín de la nueva facultad.

El hombre de Pampanito (Estado Trujillo), desde Versalles contempló con asombro el impacto de la Revolución Industrial en el auge del capitalismo inglés; el significado del socialismo utópico, de los avatares de la Revolución francesa y de los ímpetus imperiales de Napoleón Bonaparte. Asimismo, descubrió en los archivos de París una relación silenciosa entre el gobierno francés y el gobierno de Juan Vicente Gómez, trajinando las tierras zulianas en búsqueda del oro negro. De vez en cuando leía unos pasajes bíblicos y retornaba con su mirada algunas figuras fugaces de la familia trujillana. Era el profesor Silvio Villegas.

José Murguey, profesor de “Historia contemporánea de Europa”, de buen zapateo musical, desde La Bastilla olfateó los postulados de la conciencia burguesa y observó asombrado el sonido estridente de las locomotoras unificando los espacios económicos del mundo europeo. Trajo en su mochila teorías y planos sobre los caballos de hierro y construyó un imaginario ferrocarrilero a lo largo y ancho de la provincia de Venezuela. Sin embargo el General Gómez y uno de los teóricos de las vías de comunicación, Alberto Adriani, prefirieron los senderos del parque automotor como el camino más idóneo para movilizar cosas y personas en la Tierra de Gracia. Son interesantes las agudas reflexiones de uno de los más prestigiosos intelectuales del gomecismo, Laureano Vallenilla Lanz, quien profetizó la muerte del ferrocarril en Venezuela y vio con claridad el futuro de las carreteras y su impacto en la modernización en la Tierra de Gracia:

Hoy en nuestra tierra se prefieren las carreteras a los ferrocarriles; las carreteras crean ciudades; los ferrocarriles pasan demasiado de prisa. Hoy llegamos por carretera a la frontera colombiana y en la actualidad se está construyendo un puente internacional, que llevará el nombre de Bolívar, de más de trescientos metros.¹²

Don Mario Bossetti, desde la Italia de Garibaldi, evocó las aventuras geográficas de los grandes viajeros universales. Sus lecciones de Geografía permitieron a nuestra mirada alcanzar lo más profundo del planeta Tierra. Dedicó una parte de sus trabajos de ascenso a esos héroes, a esos Quijotes de los océanos, que se atrevieron a fantasear

alrededor del globo terráqueo. No dejó de recordar su entusiasmo por Hannon, el Cartaginés que recorrió la costa occidental de África en la antigüedad.

Con las clases del profesor García Quintero, cariñosamente *Chúa*, se ampliaron los horizontes de las relaciones internacionales. Un ferviente bolivariano. Aprendimos la importancia de la geopolítica y su influencia en las relaciones planetarias. En su hablar paciente y sonrisa leve, dibujaba aquella Europa que se dejó impresionar en el Congreso de Viena y en el de Verona, retornando al absolutismo y a la legitimidad de los monarcas. Sobre la Liga de las Naciones, el Tratado de Versalles y otros organismos supranacionales, el profesor García Quintero se lucía explicándolos con destreza intelectual. Nos hablaba de la importancia fundamental de las relaciones internacionales en el origen y destino de las naciones tanto de Occidente como de Oriente. En el silencio, su fantasía se embriagaba de poesía y de relatos, con los que describía el corazón de su terruño.

Don Luis Spinetti Dini, en sus lecciones de Introducción al Derecho, hacía gala de su erudición para discernir la naturaleza y la diferencia entre el fenómeno jurídico y el fenómeno ético. Asimismo, recorría con su mirada sonriente el mapa institucional que cimentó las bases del imperio de la ley y la justicia en la Roma de Julio César. Decía entonces: “Estamos hablando sobre la génesis de unas instituciones que marcaron el espíritu de la cultura occidental”.

Sobre el arte, tal vez uno de los caminos más hermosos para comprender la complejidad de la existencia humana en todas sus facetas, el profesor Juan Astorga, en sus clases de Arte I y Arte II, con su palabra recia y sus diapositivas, nos adentra en el mundo artístico desde el hombre prehistórico hasta el romanticismo. El arte burgués y las pinturas de Delacroix le fascinaban poderosamente. Era además un adicto a la música clásica. Uno de sus discípulos predilectos, el profesor de Arte Simón Noriega, de verbo incisivo y provocador, de sueños aristocratizantes, contribuyó a enriquecer la vida cultural de la Venezuela de Gracia con sus enseñanzas y libros sobre el mundo del

arte. Un conocedor a fondo de las artes plásticas que se han desplegado por los más diversos rincones del país. En sus conversaciones en la vida cotidiana de la Ciudad del sol de los venados, dirige su mirada hacia los hermosos museos europeos, en los que el arte adquiere unas dimensiones que develan la riqueza espiritual de los grandes genios, que desafían la ira y la soberbia del pobre mísero y mortal, sumido en la banalidad. Entre otras cosas, mantuvimos una polémica interesante sobre el arte y su importancia en la Revolución de Octubre y la Década Militar.

Andrés Márquez Carrero, obsesionado con la cultura Tatuy, profesor de Gramática, nos asediaba con los signos y sintagmas de sus amigos Amado Nervo y Andrés Bello. Este último elevó la palabra en Hispanoamérica y sacudió un idioma servil al servicio del imperio. Márquez Carrero rescató la obra de Julio César Salas, la cultura Tatuy, y se metió en problemas con otros historiadores sobre la fecha de fundación de la Ciudad de los Caballeros.

Don Luis Cipriano Rodríguez, estimado y respetado profesor, poseedor del don de la paciencia, nos entretenía con el aparato metodológico, la teoría dependientista y los acontecimientos históricos de los Estados Unidos. De vez en cuando incursionaba en el tema del gomecismo y dedicó mucho tiempo a explorar el anticomunismo a lo largo del siglo XIX. Por otro lado, asignó como lectura obligatoria en la materia sobre los Estados Unidos, *La democracia en América*, de Tocqueville, que devoramos en menos de un mes. Despertó en nuestra juventud un interés por el espíritu americano. Y qué ironía, uno de sus hijos predilectos, el Br Guillermo Memo Matera, que con su voz de oro cultivaba las sentimentales melodías de ayer y hoy, se entusiasmó por el racional y fascinante mundo de las metodologías. Pero por otro lado el maestro dejó el destino del vasto imperio norteamericano en manos del amigo y colega Otoniel Morales, uno de los estudiosos más acuciosos de la historia de los Estados Unidos, en Venezuela. Su vida académica, política e intelectual la ha dedicado a explorar la génesis y proyección de la gran nación, que no deja de americanizar el mundo y crea molestia y envidia a los defensores del edén marxista.

Sobre la historia contemporánea del siglo XIX, la Venezuela épica y del caudillismo, esa "Venezuela heroica" de Eduardo Blanco, los profesores Carlos Emilio Muñoz Oraá, Mercedes Ruiz y Vitaliano Graterol dejaron lecciones significativas en sus trabajos sobre la historia del tabaco, el cacao y el café, plantas que aún se deslizan misteriosamente por la cordillera andina. El poder civil, el símbolo del tabaco, el cacao y el café representaron lo más granado de la enseñanza de estos colegas de la Escuela de Historia. La presencia del historiador Germán Carrera Damas fue vital en la formación de los profesores Mercedes Ruiz y Vitaliano Graterol. Desde luego, el papel del historiador español Miguel Izard fue de gran ayuda en los destinos de los estudios coloniales de la Facultad. Sin embargo, el profesor Vitaliano Graterol abrió caminos al examinar la construcción del Estado moderno a partir de la figura estelar de Antonio Guzmán Blanco, y su relevancia en los gobiernos de Gómez y Betancourt. De igual modo, inquieto y persistente en el tema de la cultura, examinó este punto en la obra de Arturo Uslar Pietri. Finalmente, indaga la silenciosa y compleja relación geopolítica de los Estados Unidos, Brasil y Colombia ante la Tierra de Gracia. El hombre se las trae.

El periodista e historiador Carlos Emilio Muñoz Oraá, estudioso del siglo XIX venezolano, hizo contribuciones valiosas sobre la Intendencia y la monarquía española. Sin embargo se interesó de manera particular en el tema de los Comuneros sobre el cual escribió un bello libro. Sus clases eran eruditas y excepcionales. En sus conversaciones informales, gratas y respetuosas hacía mención de un largo poema sobre los Comuneros difícil de encontrar en las bibliotecas de la Universidad de Los Andes. Durante unas cuantas décadas me ocupé de buscar ese bendito poema en los más diversos archivos de la Universidad. De pronto una tarde, olfateé sus páginas en la Sala de Libros Antiguos de la Universidad ubicada en el Edificio Administrativo. ¡Vaya sorpresa, qué poema! El profesor que sin temor ni prejuicio inició una bella exploración por las rutas indígenas y coloniales de aquella nación, que desafió la ira inglesa y la doblegó obligándola a tomar el té en los puertos de Boston. Cuando recuerdo con delicia la película *Un hombre llamado caballo*, protagonizada por el lord Richard Harris, saltan a mí

memoria las clases de Historia de los Estados Unidos que impartía con tanta pasión el Profesor Muñoz Oraá. El sacrificio como el valor sublime que fortalece y consolida el espíritu del hombre, una hermosa lección histórica que le legaron las tribus americanas al más grande imperio en la historia de la humanidad.

Orlando Monsalve, *el Negro Monsalve*, como solíamos llamarle, elegante y de fina ironía, de buen vestir, compañero de viaje, sereno y generoso, afincó su mirada historiográfica sobre el ocaso del siglo XIX, y sugería como lectura obligatoria los 15 volúmenes de la *Historia Contemporánea de Venezuela* de Francisco Guinán y la obra de Ramón Veloz *Economía y finanzas (1830-1944)*. A estos agregaba *La caída de la revolución restauradora*, escrita en el exilio por Ignacio Andrade. Una de las obsesiones del profesor Monsalve era la Guerra Federal y su impacto en la región de los Andes. Sus esfuerzos dieron frutos con una investigación histórica titulada *La Guerra Federal en el Estado Mérida*, lo que representó una contribución historiográfica a los estudios de esta contienda en nuestra región.

Horacio López Guédez, hombre inquieto, de mirada aguda y misteriosa, escarbó los secretos del vasto imperio español. Se dejó llevar poco a poco hacia ese pasado, hacia los siglos en que ese imperio fue armando a tientos un inmenso marco institucional para el dominio y el control absoluto de las colonias de América. Se fue a los archivos históricos del imperio para hojear miles de folios y develar, como buen poeta del llano, la madeja jurídica que inventó España para imponer la cruz, la espada y el afán por el metal a una América que aún vivía sumergida entre bosques ríos, montañas y cordilleras. Sus libros, trabajos de ascenso, artículos y conferencias revelan una obra histórica inimitable e insuperable sobre las instituciones. Destacó el valor literario de *El Quijote* y del *Lazarillo de Tormes* como fuentes históricas para la reconstrucción de esos días en que el imperio se ufanaba de ser inmortal. "Si quieren comprender el quehacer vital de esa España profunda, hojeen el libro de Angel Ganivet *Ideario español*. Esa España que impuso el espíritu medieval y sacrificó la modernidad". Insistía: "Hoy seguimos merodeando y olfateando la fragancia natural del

medievo español". Gracias amigo, tarde llegué a comprender tus lecciones y tus clases sobre la complejidad histórica de esa España que se aisló y se encogió históricamente en el siglo XIX, y estalló en el siglo XX en mil pedazos con la Guerra Civil. Esa España que enloqueció y utilizó el Día de la Raza como emblema para impedir la expansión del imperio americano en Hispanoamérica, en 1898.

Desde los Urales, cruzando inmensos océanos y continentes, llegaba a la Cordillera de Los Andes, a la ciudad de Mérida, a la escuela de Historia, el profesor de Historia Universal Martín Szinetar. Elegante y luciendo su bigote abrumador, revisaba el fichero de la Biblioteca "Gonzalo Picón Gutiérrez", de la Facultad de Humanidades y Educación. Así lo conocí por primera vez e iniciamos una conversación informal sobre la escuela y la historia, desde el materialismo histórico. Un ortodoxo marxista de la escuela de Moscú, formado en la Universidad Lomonosov. Discutimos intensamente sobre Lenin, Trotsky y Stalin, sobre el socialismo y el peso de la industrialización en la economía soviética. Fue un defensor radical del socialismo soviético. Con el tiempo, se dedicó a examinar en forma sistemática la historia contemporánea de la Venezuela del siglo XX, y le llamó poderosamente la atención la década militar de Pérez Jiménez. No obstante, como Heráclito, inició una exploración profunda de la psiquis humana, a partir de las teorías de Sigmund Freud. Como el viejo Sócrates se preguntó e interrogó sobre el origen de la historia y la religión desde una perspectiva psicoanalítica. Agudo pensador. No me cabe la menor duda, que hizo hallazgos valiosos para comprender en su justa dimensión la historia de la religión. He bebido de sus reflexiones sobre esos temas polémicos y controversiales, y he intentado, desde esa mirada, examinar la historia de Venezuela. Las tesis de Freud son herramientas teóricas útiles para los historiadores abiertos hacia otras miradas, que exploren sin prejuicios el quehacer histórico desde esa dimensión, sin dejar los documentos en la mudez de los archivos.

Dentro de esa perspectiva universal, los profesores Evelyn Merlach y Romer Cornejo ampliaron los horizontes del saber hacia otras geografías que jugaron un papel significativo en los orígenes y

consolidación de los procesos civilizatorios. Los continentes asiático y africano, perfumaron con su fragancia natural los salones y pasillos de la vieja facultad, lo que significaba un crecimiento cultural sobre esas civilizaciones excluidas de la filosofía de la historia en el pensamiento hegeliano. El mundo se ampliaba y enriquecía para una generación que no dejaba de sorprenderse con las rutas históricas y geográficas de esos vastos continentes descritos hermosamente por viajeros y exploradores. Un día, ambos profesores abrieron caminos hacia otros horizontes con el fin de ahondar sobre esas civilizaciones que tanto nos cautivan a través de los programas televisivos de Discovery Channel. Desde Ciudad de México, Romer Cornejo mira la portentosa muralla China. Una muralla desconcertante con el avance de una civilización mercantil que se había dormido durante milenios con la vana esperanza de no ser occidentalizada y americanizada. El amigo Confucio fascinado con las inmensas torres que impedían la entrada del capitalismo salvaje en su vieja nación. Los necios y arrogantes de un izquierdismo infantil apuestan a que el imperio americano sea derrotado cuando el vasto continente asiático mundialice su economía. No han leído la célebre tesis del desarrollo desigual y combinado de León Troski.

En otro orden de ideas, en mis papeles amarillentos descubro unas notas sobre la materia Historia de las Ideas, impartida por el profesor José Hocevar. Encantado con el modelo autogestionario de Yugoslavia, que creía ideal para derrotar el comunismo soviético y para liberar así a su país del estatismo y del partido único, que asfixiaban las libertades individuales. A lo largo de sus disertaciones descubrimos el significado filosófico del liberalismo y de los derechos naturales del hombre, como el fundamento último del nacimiento y de la mundialización del capitalismo. El espíritu liberal clave del progreso material y cultural de las naciones. Disfrutaba sus clases cuando analizaba al detalle la revolución gloriosa de 1688 y la de Norteamérica. Es decir, era el hombre confrontando a los poderes del estatismo y el despotismo. Por esos senderos develé en la Biblioteca de la vieja Facultad las obras completas de Juan Germán Roscio, quien desde su perspectiva teórico-política socavó la doctrina del derecho divino de los reyes, sobre la que

se fundamentaban los monarcas del imperio español. Por otro lado, el profesor Hocevar percibió con asombro en la Tierra de Gracia la dualidad incestuosa entre el petróleo y la agricultura.

Desde los crepúsculos de Barquisimeto, el profesor de ideas políticas se iluminó de repente con la vieja pregunta de Heidegger por la cosa y la embalsamó con el discurso salvaje. Una multiplicidad de ideas y creencias en las más lúcidas mentes del pensamiento universal y su incidencia incesante en las muchedumbres.

Desde la España imperial vino a Venezuela el joven Germinal Siurana, con el bagaje cultural del mundo catalán. Percibió los primeros fogonazos de la Revolución de Octubre que cambió el destino político de un pueblo en manos del personalismo y el militarismo. Sus padres, en una oleada de inmigrantes, fueron parte fundamental en la creación de la agricultura moderna en la Venezuela rentista. Españoles y portugueses transitaron el camino desde el conuco hacia la empresa capitalista en el campo. Incursionó en la sociología y trabajó con ahínco en trabajos comunitarios impulsados por CORPOANDES. Un sociólogo de campo que no tuvo prejuicios al recomendar como lectura obligatoria el libro de Gino Germani *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Autor este cuyo rol teórico y práctico incidió en la modernización de América Latina. También nuestro amigo Germinal, por unas cuantas décadas, se interesó por el pensamiento agrario y posee además un testimonio de interés sobre el desarrollo rural capitalista y los sucesos políticos de la Venezuela turbulenta asediada por el comunismo cubano. Por otro lado, nos hablaba con cariño de las figuras de Jorge Ahumada, José Agustín Silva Michelena y otros, como precursores del pensamiento sociológico en la UCV. Al final de sus clases comentaba: no dejen de hojear el libro de Jorge Ahumada *En vez de la miseria* (1958). Cómo formar la conciencia civil y cómo atacar el problema de la pobreza en Chile sin los dogmas de la utopía, fueron el eje central de ese libro. Cuando los atardeceres deslizaban misteriosamente el ocaso en la ciudad del sol de los venados, evocaba con delicia el azar y el destino de una nación, entre 1945 y 1980. Un testimonio importante para comprender la

historia contemporánea de Venezuela desde la historia oral, Germinal ha tenido la inteligencia y el sentido común de combinar la academia con el mundo empresarial. Sus conocimientos sobre la agricultura y la ganadería son de un valor extraordinario para analizar la economía agropecuaria en las últimas décadas del siglo pasado. Sin embargo, no deja de contemplar en sus fantasías la biblioteca de su padre cuya fragancia natural da unos aires frescos que parecieran recorrer los levantamientos gloriosos de Cataluña, en el año de 1934. Un buen amigo y conversador de esta Venezuela que ha estado expandiéndose y desarrollándose bajo la égida del oro negro.

Don Mario Spinetti Dini, con su modesta vestimenta y sonrisa inocente comunicaba la belleza espiritual de un hombre digno y bondadoso. De un vasto saber, que supo compartir con colegas y bachilleres, perteneció a esa generación de apellidos que cruzaron el Atlántico y le inyectaron espíritu europeo a la ciudad del sol de los venados. Se le veía caminar por los pasillos de la Facultad de Humanidades y recordaba con emoción la vieja Italia y aquella Mérida con la delicia de los fríos parameros. Fue el alma de una Facultad que supo erigirse con voluntad para conquistar el espíritu de la Cordillera andina. En su cubículo recitaba hermosos trozos del *Decamerón*, *La Divina Comedia* y la obra filosófica de Pico della Mirandola. Al morir y ser enterrado en el cementerio de El Espejo, Don Tablante Garrido, maestro de maestros, sintetizó en una frase el espíritu de Don Mario Spinetti Dini: "Fue un hombre de bien. Dejó un legado histórico que aún se encuentra desparramado por esta ciudad que tanto amó."

El profesor Ernesto Pérez Baptista, por los caminos de la historia universal, contempló con sorpresa el militarismo en América Latina. Fue insistente y reiterativa en sus clases la descripción de la otra mirada de la Cortina de Hierro. En su madurez intelectual, captó la magia de las piedras sagradas y sintió nostalgia por aquella América arrebatada por la americanización del Coloso del Norte. Cuando creíamos estar convencidos de las grandes especulaciones para examinar la naturaleza de los procesos civilizatorios a través de Toynbee, el profesor Mogollón, de Estadística y Matemática de la Facultad de

Geografía, nos atemorizó con unas representaciones gráficas en el pizarrón, unas figurillas en forma de barra en las que se describían promedios, funciones y porcentajes para medir el caos del devenir histórico nacional. Nos miramos las caras y pensamos: otra vez los números. Desde la infancia veíamos en los números y en las figuras geométricas una especie de castigo por los pecados cometidos en una época dominada por la imagen del bosque. Era el terror a los símbolos pitagóricos. Sin embargo, con el tiempo comprendimos que tanto las matemáticas como la estadística eran de suma importancia para estudiar en forma sistemática, en términos cuantitativos y cualitativos, el origen y el destino de la sociedad en general. Por ejemplo, el célebre matemático francés Turner se inventó unas cuantas ecuaciones para explicar la naturaleza de las catástrofes en las transformaciones de las sociedades. Para él las catástrofes son económicas, necesarias e ineludibles.

Por otro lado, tuve la percepción de que la criminalidad en los Andes tenía una relación directa con el fenómeno urbano, tal como lo interpretó el ginebrino católico en *El Contrato Social*. Para él, la tragedia del hombre provenía de los vicios y las malas costumbres, incubados en la ciudad. Sin embargo, cuando la profesora Milagros Contreras nos guió hacia el mundo de la paleografía hicimos un descubrimiento que puso en tela de juicio las tesis radicales del católico ginebrino. En efecto, al hojear una gran cantidad de folios nos enteramos de la conducta criminal de unos cuantos hombres en Lagunillas del Urao entre los siglos XVII y XVIII. Tamaña sorpresa. En esa geografía de comunidades indígenas y españolas aún no se percibía la época de las luces, a la que tanto temía el joven Rousseau. Lo cierto es que se desató una serie de dudas sobre *El Contrato Social* gracias a la paleografía. Benditos garabatos.

Los sacerdotes del pesimismo, aquellos agoreros que anuncian el Apocalipsis a cada rato, se han encargado de profetizar una hambruna que provocará un estallido global y, como consecuencia, el fin de la vida en la Tierra. Son los nuevos neomalthusianos que se han dedicado a revivir la célebre fórmula que indica que ante el incesante crecimiento

geográfico la Tierra no está en capacidad de producir tantos bienes como para calmar a miles y millones de bocas. Otra vez Malthus. No obstante, la profesora de Demografía Ana Hilda Duque, de una belleza exuberante, en sus clases disipó tan terrible profecía. Para ella, la ciencia y la tecnología son herramientas poderosas que estimularán el potencial productivo del planeta Tierra, para satisfacer las necesidades y expectativas de millones de hombres y mujeres. En todo caso, era un problema de orden educativo y económico para atacar los problemas de la pobreza y de la población. Los libros del profesor Josue de Castro eran atemorizantes y peligrosos. De verdad que sentí una honda satisfacción al escuchar a la profesora Ana Hilda hablar sobre un destino feliz de la humanidad. Ella también ha dedicado esfuerzos importantes al estudio de la pequeña historia, desde una perspectiva religiosa, a lo largo y ancho de la vida andina.

Aun cuando la memoria es frágil y la deteriora el incesante mudar del tiempo, a vuelo de pájaro salpican imágenes del “Cuarteto de Alejandría” en la vieja Facultad. Unos académicos y revolucionarios que divulgaban en los salones, pasillos, auditorios y en los más diversos recintos de la Universidad la célebre teoría del *dependentismo*. Impregnarón con esas ideas el contenido de los programas de sus respectivas materias, con los elementos más representativos de tan fascinante teoría. El subdesarrollo y atraso económico de los pueblos de América Latina se debía a la explotación engegueda de los grandes capitalistas. Centro y periferia, dos símbolos que explicaban el complejo proceso histórico de América Latina. La culpa: el imperialismo. En consecuencia, la solución era la construcción del socialismo para alcanzar el paraíso y las metas de la Revolución Cubana. No deja de ser interesante que al “Cuarteto de Alejandría” le llamara la atención la teoría del foquismo. Los profesores Etanislao González, Julio Tallaferro, el poeta Adelis León Guevara y el bachiller Ismael Villalobos, eran las cabezas notables que defendían cuerpo a cuerpo el encanto mágico del dúo centro-periferia. El profesor de Historia Contemporánea de Venezuela, Etanislao Gonzalez recitaba de memoria los textos del historiador marxista Brito Figueroa. Pico de plata y excelente académico, animaba las clases con la tesis del asalto del

imperialismo a partir del 18 de Octubre de 1945. Estuvo en el gobierno socialista de Allende incitando a los estudiantes contra el capitalismo a través de las lecturas de *El Capital* de Carlos Marx. Se fue a la UCV y allí continuó memorizando las viejas tesis del *dependentismo*. Con el tiempo, se convenció de que el socialismo era una soberana estupidez histórica. Un buen amigo, de grata conversación y de una visión de la historia de Venezuela desde la perspectiva del materialismo histórico, Julio Tallaferro, profesor de Historia de América III y IV relataba desde la perspectiva del *dependentismo* el origen y la evolución de la historia de América. El texto de Pedro Paz sobre el subdesarrollo era uno de los textos fundamentales en sus clases. Por otro lado, en la UCV tuvo como maestro a Salvador de la Plaza quien lo entusiasmó por las cuestiones agrarias. Trabajó en el proyecto histórico sobre Chuao y examinó el tema de la tierra en Estanques, sorprendiéndose por la manera en que se levantó una comunidad agraria sin seguir las pautas y los patrones del imperio español. Incursionó en el tema del Estado, el capitalismo y el café en Colombia. En Nueva York, con el profesor Heilbroner, trabajó con *El Capital* de Marx. Asimismo, ha estudiado los símbolos patrios y el federalismo en el Estado Mérida. Por cierto, el profesor Trompiz, de la Cátedra Historia de América II, también fue un estudioso y apasionado del *dependentismo*. Un ortodoxo. Un competente profesional en el campo de la historia de América.

El poeta Adelis León Guevara, con la picardía en su sonrisa, hilaba inteligentemente la forma de estudiar el mundo social. Sin caer en el realismo socialista, desde la literatura y la poesía, le dio un hondo significado al tema de la política y su rol en la transformación de la sociedad venezolana. Como estudiante universitario de la década de los sesenta, escribió sobre los temas de la pobreza y no dejaba de coquetear con sus célebres glosas que aparecían a intervalos en el periódico *Universidad*. Por esos años, en un atrevido discurso, resaltó la imagen histórica de Julio César Salas. Hasta con Don Tulio el poeta fue irreverente. Era un muchacho. Así se comenzó a conocer la titánica figura de Julio César Salas, pionero de la economía de mercado en Venezuela. El poeta mantuvo siempre a libro abierto la historia de la estupidez humana: caben más, caben más, en aquellos años de

turbulencia universitaria. Profesor de Literatura Hispanoamericana en la que tuvo presente la novela y la poética de los años dorados, hoy sus reflexiones se sumergen en la importante obra teológica y religiosa de San Juan de la Cruz. En la Academia Regional de Mérida, el poeta Adelis dejó una vasta erudición que cruzó los cinco continentes mediante una mirada desde la pequeña biblioteca Ichu. El hombre en defensa de la pureza de la lengua castellana, fecunda y sagrada, que recorrió con sus amigos y colegas los senderos geográficos más hermosos de Oriente y Occidente. Amigo que no deja de sonreírle a la existencia humana como el escalón más profundo que ha deparado la historia del universo.

Al bachiller Ismael Villalobos, aventajado estudiante, de una sólida formación marxista, lo recuerdo como un joven sonriente y preocupado por los estudios de la literatura y por la política. Por lo general, en uno de los escalones de la vieja Facultad nos leía párrafos del *Manifiesto Comunista*, con indicaciones precisas en torno a la lucha de clases como motor de la historia. Un entusiasta del socialismo. Optimista. “Estamos cerca del darle un golpe al imperialismo”, nos decía con tanta seguridad. Aún permanece en su memoria y en su archivo una novela que nunca salió a la luz pública. Su gran amor lo alejó poco a poco y se fue silencioso hacia las aguas del Lago en aquellas oscuras noches de “la tierra del sol amada”.

Una tarde, cuando la lluvia caía por los alrededores de la vieja Facultad, en uno de los salones de clase tropezamos con un profesor, tal vez el más elegante de la Escuela de Historia, cuya sonrisa se prolongaba hasta alcanzar los bellos jardines de los páramos, el profesor de Geografía de Venezuela y Geografía Económica José Manuel Briceño Monzillo. Uno de esos docentes en cuya sangre hervía la pasión por enseñar lo que tanto cautivó en sus escritos al periodista e historiador Enrique Bernardo Nuñez: la Geografía de Venezuela. Hinchido de emoción, comenzaba a hojear los hechos geográficos con sus célebres mapas. Tenía el don del maestro. Era el Eliseo Reclus de los Andes. Poetizó la Geografía Universal para expresar con sus palabras sencillas y emotivas el mundo de las fronteras y para hablar sobre aquel recurso

natural que mueve y sigue moviendo el aparato industrial del planeta: el petróleo. ¡Qué pasión, qué fuerza vital en un hombre que enseñó a tantas generaciones acerca de la Venezuela geográfica y el lugar que debería ocupar en el concierto de las naciones. José Manuel fue un maestro que tuvo la paciencia de dibujar la historia de las fronteras y de cómo fuimos despojados de nuestras tierras a lo largo del quehacer histórico nacional. Él y su Geografía, sus amadas fronteras; uno de los venezolanos que poseía verdadera conciencia geográfica sobre esa Venezuela que arrolló y fascinó al Quijote de los océanos en un agosto de 1498. Cuando llegaba en las mañanas a la vieja Facultad, siempre hacía un comentario pertinente sobre la figura estelar del pensamiento petrolero nacional, Juan Pablo Pérez Alfonso, el padre de la OPEP, a quien admiraba. Cuando atardecía, José Manuel nos invitaba a unas pláticas ideológicas, gratas conversaciones en las que los ríos, los mares y las fronteras se disipaban silenciosamente con el anochecer. Su pasión: Venezuela. Entre otras cosas nos hizo una broma. En el examen final de su materia los bachilleres Ramón Rivas Aguilar y Luis Caraballo aprobaron con una nota de catorce puntos. No nos pareció satisfactoria, ante un maestro de tal naturaleza, una puntuación tan baja. Nos presentamos a su cubículo y le manifestamos que deseábamos de corazón cursar de nuevo su materia. Se paró de la silla, soltó una carcajada y nos dijo: ¡Están locos! Tal fue nuestra insistencia que aceptó nuestra petición y en el nuevo examen final la nota fue de doce puntos. ¡Qué ironía! Nos encontramos en el pasillo y nos dijo con sorna trujillana: “¡Bachilleres, ¿desean cursar de nuevo la materia?”. Nos miramos y se impuso un silencio sepulcral. Nos dejó a medio camino ese hombre que cultivó hasta el final de su vida la amistad como el don más hermoso de la existencia humana.

Peregrino de la Sultana del Mocotíes, donde aún persiste la fragancia natural del cafeto persa, desde las calles de Versalles, el catedrático de Economía Política, Pepito Rondón, trajo en una vieja maleta los libros de la teoría de la planificación y de la propiedad en el socialismo del célebre economista y marxista Charles Betelheim, figura de importancia del pensamiento marxista, que mantuvo una rica polémica con el exministro de economía de Cuba, Ernesto Guevara, sobre la teoría

de los incentivos materiales y morales. Una polémica histórica que le dio la razón al economista francés. Las clases del profesor Pepito Rondón sobre la naturaleza de la propiedad en el socialismo eran interesantes. La posesión real de los medios de producción estaba en manos de la burocracia y del partido, a pesar de que jurídicamente la propiedad era de todos los trabajadores. Contribuyó a despejar con claridad y precisión la distinción teórica y práctica entre el modo de producción y la formación social. Una contribución significativa en los estudios del pensamiento económico en la cátedra de Economía Política de la Facultad de Humanidades y Educación. Fue pionero de las investigaciones sobre la historia económica del siglo XX, desde la perspectiva del mencionado teórico francés. Los trabajos presentados por los alumnos de su materia revelaron la capacidad que tenían para operar con tales conceptos en la realidad venezolana. No deja de ser importante señalar que las lecciones impartidas por este profesor se extendieron hacia los pueblos cercanos de Tovar, donde hombres y mujeres dieron a conocer su capacidad para expresar con claridad las ideas económicas del Alberto Adriani, Simón Rodríguez y Andrés Bello. En Zea, se dio una bella oportunidad para disertar sobre la grandeza intelectual de Alberto Adriani, el hombre que dedicó su vida a profundizar la conciencia fisiocrática mediante la revalorización cultural y económica del café. También en Nueva Bolivia Rondón impartió una interesante conferencia sobre las ideas económicas de Simón Rodríguez. De igual modo, nos tocó explicar en un bar en Nueva Bolivia de la política internacional de Carlos Andrés Pérez. Entre otras cosas, Pepito Rondón fue al pueblo de Zea y denunció en el púlpito de la Iglesia, la contaminación de las moscas, provocada por el abono gallinazo. Parecía un monaguillo de altura. Por otra parte, en Bailadores se daba una pelea de importancia contra las trasnacionales que querían apoderarse de las minas de zinc ubicadas allí, lo que hubiese significado acabar con esa bella región, como ocurrió con los célebres pueblos petroleros presa de la desidia y de la muerte. Por esos días leíamos a los campesinos, en los alrededores de Zea, las páginas más hermosas de Miguel Otero Silva, *Casas Muertas*. Qué aventura, qué osadía en aquellos años cuando la OPEP iniciaba su última batalla contra las Siete Hermanas. ¿Dónde estás amigo? Tal vez hojeando las

páginas de Gramsci o sembrando algún tubérculo por los alrededores de El Morro o Tabay.

Desde los campos petroleros del Zulia, donde el relámpago del Catatumbo coquetea con los mechurrios del Lago, llega a la Universidad de Los Andes a estudiar Economía el líder acción democratista David Fermín. Un aguerrido universitario que, al graduarse, se dedicó a la docencia en la cátedra de Economía Política, de la Escuela de Educación. Tenía un talento natural para la comprensión del funcionamiento de la economía capitalista. Amplió el saber en el campo de la educación y los teoremas de los enfoques marginalistas. Tuve entonces la oportunidad de apreciar con mis propios ojos en el pizarrón el juego mágico de la teoría microeconómica, la competencia perfecta en unas gráficas de gran nitidez. No conocía la naturaleza económica del enfoque marginalista. Era la matematización del comportamiento económico de la conducta humana. El libro, *Lecciones de Economía Política*, de Antonio Pesenti, era lectura obligatoria en su cátedra, también la teoría marginalista y neomarginalista, y las causas que aceleraron la caída del comunismo a lo largo del Planeta. La utopía despreció ese lado oscuro de la praxeología humana. Creía que con la reingeniería social podían extirpar el deseo y el goce vinculado al consumo como parte del bienestar de la sociedad en general. Hoy, las corrientes del marginalismo y del neomarginalismo son estudiadas con sumo interés en los países exsocialistas con el fin de promover la riqueza económica. En otro orden de ideas, junto con la profesora Dulce Monagas, Pepe Rondón escribió un trabajo profundo sobre el origen del capital humano en la obra económica del economista escocés Adam Smith.

Aún recuerdo con fascinación al profesor Camero de Antropología, de gran vuelo imaginativo. En un mediodía nos habló magistralmente sobre el libro de Jacques Monod, *El azar y la necesidad y su influjo en el campo de las ciencias biológicas y humanas*. Una exposición exquisita sobre el significado de este libro en el estudio de la evolución de la vida humana. En unos cuantos minutos la mente de un joven se deslizó con cautela hasta la prehistoria. Fue el libro que marcó el espíritu intelectual en una época histórica en la que la biología molecular y la

genética abrieron caminos hacia la comprensión y la complejidad de la vida humana. Aún conservo en mi biblioteca unas cuantas ediciones de este texto.

De igual modo, el profesor de Etnología José Ventura Reinoza, el célebre bailarín de la época dorada, trajo en su maleta el más hermoso bagaje cultural de la tierra azteca de Pancho Villa. Junto a otros etnólogos, impulsó los estudios arqueológicos en los Andes y en su incesante andar percibió las primeras huellas del parque jurásico en los alrededores de la Laguna de Urao. Por esos años, un discípulo del historiador Miguel Acosta Saignes, el etnólogo Adrián Lucena, descubrió, en la Ciudad del Sol de los Venados, unas imágenes significativas relacionadas con los misterios y la magia de las tribus indígenas en la sierra de los Andes. Es un estudioso de ese mundo y le encanta transitar por los senderos de la Guajira y la Amazonia. Sus conversaciones sobre su maestro son fascinantes, por cuanto retrata, en su justa dimensión humana, la riqueza espiritual e intelectual de un hombre que transformó los estudios etnológicos y antropológicos en la década de los cuarenta, en un momento histórico en que nuestra nación respiraba embriagada el perfume del oro negro. Es un auténtico defensor de la cultura precolombina, sin los aspavientos y arrogancias de aquellos que suelen creer que han develado una gigantesca civilización por las rutas de Vega Sol, y convencidos de que aún sus dioses permanecen en el exilio. Sin embargo, el profesor Félix Alvarado tenía el deseo ferviente de encontrar en los paisajes de la geografía trujillana alguna pisada de las primeras civilizaciones precolombinas enfurecidas contra la España Imperial. Aún espera con paciencia en las altas montañas trujillanas algún indicio que le permita otear las huellas antiqüísimas del Paraíso.

Asimismo, asalta mi memoria aquella joven sonriente y de inmensas pupilas, observando con detenimiento los mitos vividos de Guillermina Morales y Jacinto Plaza, el padre de los pobres, en el alma de un pueblo que imploraba milagros y generosidad a estos dos seres humanos de tanta piedad y belleza divina. Tamara García de González, profesora del Departamento de Sociología y Antropología, con sus alumnos y

maestros, dedicó un tiempo significativo de su vida académica a construir con el análisis estructural los imaginarios del mundo popular de Guillermina Morales y Jacinto Plaza. Descubrió en la cotidianidad merideña un fervor especial por la célebre Guillermina Morales. De los labios del pueblo se oía en los senderos y atajos naturales de la Cordillera andina, aquel dicho: "Quien quiera un milagro de Guillermina Morales, que le eche miche a su tumba, que en vida mucho le ha gustado". Cómo le encantaba conversar sobre ese mundo cultural que cautivó y sigue cautivando el espíritu de una sociedad como la merideña que siente y percibe con sorpresa la penetración mercantil y mágica del lejano oriente. Doña Guillermina Morales y Jacinto Plaza coqueteando con el gigante dragón que se asolea a cada instante a lo largo de la muralla china.

El *Che* Rivas, de grata sonrisa, proveniente de las tierras de Borges, del encanto y de la profunda soledad de las Pampas de Martín Fierro, profesor de Historia Económica de América Latina y de Integración. Su rostro siempre sonriente y de un despertar alegre sobre la vida. Pausado en sus clases, no dejaba de indicar en perspectiva la necesidad de estudiar la vida económica de América Latina y su rol integrador en el concierto de las naciones. Como los viejos cuáqueros de la Inglaterra de los Tudor, apostaba con fe y esperanza al porvenir de América en los próximos tiempos bajo el influjo de la integración. Era el camino para ocupar un lugar de importancia en las relaciones económicas internacionales. Un día como cualquier otro, el *Che* Rivas desplegó su mirada hacia el país de Perú.

Aun cuando los recuerdos luchan contra el olvido, emerge a retazos, como un hormiguelo caótico, la sonrisa silente del profesor Burgos de filosofía, con quien por unos cuantos años mantuve conversaciones informales en torno al mundo sagrado del ají y de la botánica. Sobre todo me fascinaba la erudición que desplegaba sobre los catorce tomos del historiador A. Toybbe. Cuánta sabiduría de este modesto y sereno maestro al relatar con detalle el origen y decadencia de las civilizaciones en la perspectiva del historiador inglés. No bastan los salones y pasillos para alcanzar la docta ignorancia. En esos días, cómo

disfrutaba de las brillantes conversaciones con el profesor Burgos en torno al esfuerzo intelectual de A. Toybbe para comprender la caída de la última civilización, la judeo-cristiana.

La profesora Ana Rita Tiberi, de belleza excepcional, estimuló la comprensión de los enfoques del Funcionalismo, una de las miradas para discernir la complejidad del tejido social, en el proceso de modernización que se había acentuado en América Latina a partir de la década de los cincuenta. A pesar de provenir de la escuela marxista y dependientista de la Universidad Central de Venezuela, mantuvo una postura racional y serena sobre las tesis de Talcott Parsons, funcionalista de los más prestigiosos de la sociedad americana. Con el fervor femenino que la caracterizaba, la profesora Ana Rita describía las ideas esenciales de los libros *La imaginación sociológica* de Wright Mills y *La dialéctica de lo concreto* de Karol Kosel, libros maravillosos que nos permitían examinar la sociedad con herramientas teóricas no convencionales. Era una manera de interpretar el rol de las élites políticas en el avance o retroceso de las sociedades en general. Con el tiempo, fijó su mirada en el tema de la propiedad, en la perspectiva del economista y filósofo francés Y. Atali. Fueron largas conversaciones con la profesora Ana Rita en torno a la vida académica y humana en una época histórica en la que se palpaban los signos de un proceso civilizatorio que había explorado el economista Radovan Van Richata en su obra: *La civilización en la encrucijada*, editado en 1972. La ciencia y la tecnología iluminaron los senderos de una civilización cuya base fundamental descansaría en el saber. En esos andares de la vida cotidiana, la poesía y la fragancia natural de los cañaverales se embriagó el espíritu de esta joven que, a cada momento, le canta a la vida. Entre otras cosas, hierva en su alma la pasión por la dramaturgia. Al fin: la vida es un teatro en que se esparcen por todos lados máscaras y rostros oscuros. Qué momentos aquellos de tantas vivencias y recuerdos.

El tiempo, esa fuerza misteriosa que fascina a los poetas, filósofos y científicos, golpea día y noche al mortal, y éste debilita su mirada y desvanece los recuerdos con el simple vibrar de las brisas del paraíso en el bosque de la Virgen de La Milagrosa. Sin embargo, aún persiste

en esa memoria resquebrajada por la acción del tiempo, la figura imponente de José Manuel Briceño Guerrero, oriundo de San Fernando de Palmarito, del Estado Apure. Seguramente en esa sabana golpeada por el látigo incisivo de los rayos solares, salpicaron sus primeras preguntas por la cosa. Es la inocencia del niño interrogando a su madre por el origen del día y la noche. Es la pregunta vital que hacíamos en aquellos días de juegos y placeres mundanos. Vivió en la ciudad de Viena, donde sus ojos develaron la belleza de la filología y la filosofía. Allí estudió la riqueza filosófica que engrandece intelectualmente a esa nación y que tanto cautivó al filósofo español José Ortega y Gasset. Vino a América, y en silencio hizo la pregunta y desnudó con su Discurso Salvaje la complejidad del ser latinoamericano. Su pasión: el estudio de las lenguas. Una vereda que le ha permitido escarbar en la palabra el sentido y significado del quehacer vital de la existencia del hombre en los avatares complejos de la historia de América Latina. Está convencido de que el sendero liberador de la América profunda reside en sus múltiples manifestaciones espirituales y artísticas. En su seminario Historia de las Ideas en América Latina, realizado en 1973, en la cátedra de Historia de América y Venezuela, percibí la posibilidad de iniciar una investigación histórica sobre los orígenes del pensamiento económico en las figuras estelares más importante de la vida intelectual de los siglos XIX y XX. Escribí entonces un breve y modesto artículo para el profesor Briceño, sobre las ideas económicas en Simón Rodríguez. Un borrador en el que resaltaba el contenido agrarista del maestro de Bolívar. Nos acompañó en esta faena, con entusiasmo y fervor poético el profesor Acevedo, quien culminó el seminario sobre la historia de las ideas en América y le imprimió el perfume y la fragancia natural del llano, cercado por las lluvias y adornado por el despliegue maravilloso de sus pájaros.

Es grato recordar entre otros acontecimientos, un encuentro literario en Mérida en el que participaron la Facultad de Humanidades y Educación y la Escuela de Letras de la Universidad de Los Andes. Un acontecimiento cultural en el que destacaron figuras descollantes de la Literatura Iberoamérica, realizado entre el 8 y 10 de agosto de 1967. Qué momentos aquellos, en que jóvenes del mundo literario de

Hispanoamérica, como Mario Vargas Llosa, el Gabo, Alfonso Cuesta y Cuesta, entre otros, daban a conocer las proezas de su arte de escribir sobre una América marcada por el realismo mágico. La prensa regional, en particular *La Opinión*, bajo la dirección del periodista y poeta Alfonso Pino, comunicó el ímpetu de la Literatura Iberoamericana, que se asomaba en aquellos días por los senderos de la grandeza de América, en el espíritu literario planetario. Un privilegio para quienes tuvieron la oportunidad de escuchar en el Paraninfo de la Universidad de los Andes las voces de algunos novelistas que recibirían después el Premio Nóbel en una Europa que aún no deja de contemplar la saga de los Vikingos. Gracias al tesón y la pasión del director de la Escuela de Letras, el crítico literario Domingo Miliani, fue posible tan hermoso evento cultural que hizo volar de nuevo a las cinco águilas blancas. Aún recuerdo la disertación del profesor Miliani sobre el Mayo Francés, en su casa de La Parroquia a inicios de los setenta, cuando el necio de Darcy Ribeiro incitaba el movimiento morboso de las muchedumbres estudiantiles con las tesis de la reforma universitaria.

Es interesante destacar la importancia de la ilustre Universidad de Los Andes en la difusión, en 1968, de una edición especial en memoria de los cincuenta años de la muerte del hombre de las letras andinas y nacionales, Don Gonzalo Picón Febres. En ese homenaje participaron los profesores Lubio Cardozo y Carlos Muñoz Oraá, quienes hablaron sobre las dotes literarias y venezolanistas de tan imponente figura, que cautivó la mirada artística de don Mariano Picón Salas. Una valorización histórica en el espíritu de las humanidades que entusiasmó a unos jóvenes que desafiaron la ira y la arrogancia de aquel imperio que acosaba con sus bombas a la pequeña aldea de Vietnam.

Continuando nuestro viaje por el quehacer histórico de la Facultad de Humanidades y Educación, es fundamental resaltar la importancia del nuevo pensum de la Escuela de Historia, aprobado en el año de 1974, bajo la dirección del profesor Francisco Gavidia, quien jugó un papel crucial. Defendió la reforma curricular en esos tiempos históricos que demandaban nuevos saberes y buscaban comprender la complejidad del planeta ya en ruta hacia la globalización. Es decir, el esplendor

del nacionalismo tercermundista y su agotamiento prematuro ante la presión incesante del mundo mercantil, lo cual provocó en las décadas de los ochenta y noventa el desvanecimiento de un vetusto paraíso. Una reforma del saber que salpicó el mundo asiático y africano. Se desataba una gran crisis historiográfica a escala universal a la que la Escuela de Historia de la Facultad no pudo escapar. Agonizaban los enfoques de historia nacional y se revalorizaban las corrientes históricas ligadas a las mentalidades y la cultura.

Por otro lado se fundó, en 1980, la Cátedra Simón Bolívar, coordinada por el Profesor Luis Caraballo Vivas, quien propició un cambio profundo en la vida intelectual de nuestra Facultad. A lo largo de unas cuantas décadas, la Cátedra Simón Bolívar, mediante ciclos de conferencias y bautizos de libros, consolidó la vida cultural de nuestra institución. Conciencia histórica, como lo manifestaba con tanto placer el pensador de Guadarrama. Fue una revolución cultural que proyectó a la Facultad de Humanidades y Educación y a la Universidad de los Andes más allá de las fronteras nacionales. De igual modo, nuevas generaciones de estudiantes optaron por otras maneras de interpretar los fenómenos históricos, tales como la intrahistoria, los imaginarios, las mentalidades y formas de ver la vida material sin la presencia arrogante de los héroes. La vida material como parte de la construcción de una nación, en la que miles de hombres y mujeres, en el anonimato, la forjaron con sus manos, con ese deseo de hacer grande la patria de Cecilio Acosta. De la misma manera, se perciben cambios significativos en el estudio de la historia de la Universidad de los Andes, en sus distintas perspectivas. En este sentido, la imagen digital es hoy una herramienta valiosa para explorar el sentido de los fenómenos históricos.

Por su parte, la creación del “Centro de Estudios de África, Asia y Diásporas Latinoamericanas y Caribeñas José Manuel Briceño Monzillo”, revela la madurez intelectual de una institución que se avoca a conocer la riqueza cultural y espiritual de vastos continentes, cuya magia y misterio embriagan la vida cotidiana de nuestra Universidad. El profesor Hernán Lucena, su coordinador, ha concretado con tesón,

pasión y disciplina esta tarea gigantesca, de la que debemos sentirnos orgullosos. Los grandes imperios del Lejano Oriente penetrando silenciosamente con su cultura y vida mercantil a la ciudad que tanto fascinó a Julio César Salas.

Con el correr del tiempo, la Facultad impulsó los estudios filosóficos a través de la creación del Postgrado y el Doctorado en Filosofía, representando ello un avance significativo en la evolución del espíritu humano y el saber en su totalidad. La filosofía es una herramienta valiosa, un campo fértil para abordar los fenómenos históricos desde la metafísica. Así lo comprendí con maestros que han dedicado décadas a la formación filosófica de sus alumnos: Ángel Capeletti, Pompeyo Ramis, Eduardo Vásquez, Víctor Martínez y Miguel Montoya. Siempre me ha entusiasmado la filosofía y su inspiración se la debo a don José Ortega y Gasset, sin negar la influencia de José Manuel Briceño Guerrero y el irreverente profesor de Filosofía de la Historia, el legendario Otto Maduro, quien desconfiaba del esquema filosófico hegeliano, dándose a la difícil tarea de conciliar su imagen bondadosa y piadosa con el discurso radical y violento del viejo moro. En esas veleidades religiosas, teológicas y revolucionarias, Otto Maduro y otros se encaminaron a fortalecer y consolidar la Teología de la Liberación como el camino para construir en América el Reino de Dios. Qué vanidad de los mortales la necedad de imaginar utopías para ocultar su hastío como parte vital de la soledad radical. Cuando le preguntaron al pobre Marcuse si le encantaba la vida cotidiana no supo responder. Vivía de abstracciones y mantuvo por décadas su fe en el advenimiento de la vieja utopía, que tanto deseó en el desierto el amigo Moisés.

Como podemos apreciar, a lo largo de esos cincuenta y cinco años, la Escuela de Humanidades, luego Facultad de Humanidades y Educación, ha sufrido cambios significativos, cuyos frutos revelan lo grande de los estudios humanísticos como contribución intelectual y espiritual en una nación como Venezuela con vocación republicana, democrática y civilista. Es innegable la importancia del pensador José Ortega y Gasset en la consolidación del humanismo en la Universidad de Los Andes. El historiador español Américo Castro fue clave en el

inicio de tan hermosa iniciativa histórica. No escapó al influjo filosófico e intelectual del maestro que cambió el rostro espiritual de una España anclada en un pasado de alma medieval. Dentro de ese horizonte, los años 1955, 1958 y 2010 son fechas históricas que representan el nacimiento, el auge y la expansión de las humanidades a lo largo y ancho de la geografía andina. Sus pioneros, profesores, maestros, estudiantes, secretarías y trabajadores constituyen parte fundamental en esa obra histórica, que se ha prolongado por más de 55 años. Es una herencia histórica que impregna el espíritu de Don Gonzalo Rincón Gutiérrez. Cuánto tesón y amor puso este historiador y periodista venezolano en la formación de generaciones ansiosas de alcanzar el título de Licenciado en Historia y continuar con la faena escrutadora del devenir del tiempo. Su nombre permanece en los salones y pasillos de la vieja y nueva Facultad. Con sus aciertos, limitaciones, contradicciones y paradojas, la Facultad de Humanidades y Educación constituye el más hermoso patrimonio histórico, espiritual y cultural que las nuevas generaciones han heredado, para continuar asumiendo los nuevos retos y desafíos que demandan otras maneras de concebir el quehacer histórico, sin perder el fundamento del humanismo. Lo asomó Ortega por los años treinta y lo retomó, con la sabiduría de los dioses andinos, el novelista y poeta ecuatoriano Alfonso Cuesta y Cuesta, cuando lo señaló en un discurso-homenaje al decano y poeta venezolano Carlos César Rodríguez:

Más de un siglo ha pasado de cuando Don Andrés Bello nos entregó su obra. Desde el fondo del tiempo su voz nos llega intacta y nos deleita y a veces nos sobrecoge porque rebasa nuestra época. Y hablaba -permítasenos decirlo así- en otra era. ¿Qué decir en la nuestra, comparable, pero sólo de algún modo, a la de la revolución astronómica del siglo XVII? Por qué ¿Con qué armonía se movían entonces los astros y las letras! ¿Cómo obrar ahora ante el desequilibrio creciente entre las ciencias exactas y las del espíritu, entre la ética y la técnica? Hombre y planeta: Sísifo y su roca. Sólo las humanidades salvarán la especie. Sólo ellas detendrán la roca al borde mismo del abismo, llevándola hasta el círculo de la eterna armonía. (Homenaje al Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes Doctor Carlos César Rodríguez. Mérida, Venezuela, Euroamérica Impresores, marzo, 1968, pp. 12-13)

En fin, esta es la mirada de un joven que tuvo el privilegio de emigrar de la Sabana de los Dioses y recorrer con entusiasmo los atajos de la cordillera andina, oteando la ciudad del Sol de los Venados cuya estrella gigantesca se esfumó en un ocaso cautivador iluminando otros senderos en las aguas del lago. Una experiencia vital que cobijó los bellos acontecimientos que describieron maestros y profesores de la vieja Facultad.

Otros con más talento y sabiduría contarán sus propias vivencias vinculadas al origen y destino de la Facultad de Humanidades y Educación, desde muchas miradas, sin que ello afecte de manera radical la naturaleza de la verdad. Serán meras interpretaciones, como resultado de un enjambre de recuerdos, con la más gigantesca carga de imaginación y sin perder de vista la realidad.

Referencias

1. José Ortega y Gasset. *Ideas y Creencias*. Madrid, Revista de Occidente, 1959; pp. 28 -31.
2. Bronislaw Malinowski. *Libertad y Civilización*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1948, p.81.
3. José Ortega y Gasset. *El Espectador*. Madrid, Revista de Occidente, Tomos VII y VIII, 1964; p. 298.
4. *Ibidem*, p. 300
5. José Ortega y Gasset. *Misión de la Universidad*. Madrid, Revista de Occidente, Col. El Arquero; pp.166-168.
6. Luis Spinetti Dini. *Escritos de Razón Distinta*. Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1972; p.155.
7. Spinetti Dini: *Ob. cit.* p.157.
8. *El Vigilante*. Mérida, 11 de noviembre de 1955, p. C.
9. *Idem*.
10. Horacio Cárdenas Becerra. *Mérida y su Escuela de Humanidades y Educación*. Caracas, UCV, 1956; pp. 8-10.
11. María Rosa Alonso. *Residente en Venezuela*. Mérida, Talleres Gráficos Universitarios, 1960; p.9.
12. Laureano Vallenilla Lanz. En: *Los pensadores positivistas y el gomecismo*. Caracas, Congreso de la República, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador, 1983. Tomo 8, pp. 25-26.

Bibliografía

- Alonso, María Rosa. *Residente en Venezuela*. Mérida, Talleres Gráficos Universitarios, 1960, p.9.
- Cárdenas Becerra, Horacio. *Mérida y su Escuela de Humanidades y Educación*. Caracas, UCV, 1956; pp. 8-10.
- El Vigilante*. Mérida, 11 de noviembre de 1955, p. C.
- Homenaje al Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes Dr. Carlos César Rodríguez*. Mérida, Venezuela, EuroAmérica Impresores, marzo, 1968; pp.12-13.
- Malinowski, Bronislaw. *Libertad y Civilización*. Buenos Aires, Edit. Claridad, 1948, p.81.
- Ortega y Gasset, J. *Misión de la Universidad*. El Arquero, Revista de Occidente, Madrid, pp.166-168.
- _____. *El Espectador*. Tomos VII y VIII, Revista de Occidente, Madrid, 1964, p.298.
- Spinetti Dini, Mario. *Escritos de Razón Distinta*. Mérida, Universidad de Los Andes, Ediciones del Rectorado, 1972, p.155.
- Vallenilla Lanz, Laureano: *Los pensadores positivistas y el gomecismo*. Caracas, Congreso de la República, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador, 1983. Tomo 8, pp. 25-26.

